

SANSÓN

¿Perdedor o ganador?

Título original: *Samson, loser or winner?*

Sansón, ¿perdedor o ganador?

© Hugo Bouter, 2001

Primera edición por Chapter Two, Londres, 2007

© traducción: Ezequiel Marangone

Edición revisada: junio de 2017 ©Textorigen, España

ISBN 978-0-244-31251-0

Las citas bíblicas corresponden a las versiones RVR60 y VM

Fotos portada: Pinterest, Pixabay

Impreso por Lulu.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio autorizado, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Hugo Bouter

SANSÓN

¿Perdedor o ganador?

Sansón como un tipo de Cristo

«Y el ángel del Señor respondió: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?»

Jueces 13:18

«Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros.»

Mateo 1:21-23

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1. ÉL COMENZARÁ A SALVAR A ISRAEL DE MANO DE LOS FILISTEOS	15
Sansón y los filisteos	15
El nacimiento del libertador	17
Sinopsis de la vida de Sansón	19
2. EL NIÑO SERÁ NAZAREO A DIOS DESDE SU NACIMIENTO	23
Sansón como juez de Israel	23
Sansón, Samuel y Juan el Bautista	26
El verdadero Nazareo	28
3. SU NOMBRE ES ADMIRABLE	31
Dios con nosotros	31
Y se llamará su nombre Admirable	33
Él hizo un milagro	35
4. DEL DEVORADOR SALIÓ COMIDA, Y DEL FUERTE SALIÓ DULZURA	39
Más fuerte que el león	39
Tres lecciones importantes	41
El secreto de la obra en la cruz y la resurrección de Cristo	44

5. LA FUENTE DEL QUE CLAMÓ	47
La lucha de Sansón contra los filisteos	47
Viviendo en la roca	49
El agua que brota de la roca	52
6. EL FUERTE Y EL MÁS FUERTE	55
La ciudad fuerte de Gaza	55
El monte que está delante de Hebrón	57
Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella	59
7. ¿EN QUÉ CONSISTE TU GRAN FUERZA?	61
Sansón y Dalila	61
El enigma revelado	63
El secreto de nuestra fuerza espiritual	65
8. LA MUERTE DEL VENCEDOR	69
El final de la vida de Sansón	69
Sansón y Cristo	71

Introducción

Lo único que muchas personas saben acerca de Sansón es que fue un hombre muy fuerte y que mantuvo una relación trágica con una mujer llamada Dalila. Estos conceptos muchas veces surgen de una comprensión distorsionada de los hechos bíblicos. Pero, desafortunadamente, estas personas desconocen el hecho de que en realidad podrían llegar a conclusiones totalmente diferentes. Por ejemplo, considerar a Sansón como un tipo de Cristo. ¿Es eso posible? Yo estoy convencido de que sí, y mi propósito, por medio de estos estudios sobre Jueces 13 a 16, es concentrar toda nuestra atención en la persona del Señor.

En las Escrituras hallamos una línea muy clara que va desde Sansón hasta David, y luego continúa hasta Cristo, el gran Redentor de su pueblo. Detrás de los filisteos, archienemigos de Sansón, podemos percibir el poder de Satanás, el gran adversario de Dios, porque estos hombres se

postraban ante muchos ídolos, adorando poderes demoníacos. De la manera en que Sansón quebró la cerviz, por así decir, de estos enemigos, así también Cristo ha triunfado sobre su poderoso enemigo. Y si bien lo hizo durante su vida, ¡cuánto más en la cruz del Gólgota!

A partir de estas importantes enseñanzas proféticas de la vida de Sansón, esperamos obtener lecciones prácticas para nuestra vida de cristianos. Porque así como Sansón fue nazareo desde su nacimiento (alguien especialmente consagrado para el servicio del Señor), como cristianos también debemos consagrar totalmente nuestra vida a Dios. Como creyentes del Nuevo Testamento, hemos recibido «espíritu de poder» (2Ti 1:7), pero no para realizar toda clase de juegos, señales y maravillas, sino para vivir y andar, por medio del poder del Espíritu, como un pueblo espiritual y renovado para glorificar a Dios. En este sentido, la vida de Sansón también nos presenta una seria advertencia, porque el poderoso héroe que había vencido al león y llevado sobre sus hombros las puertas de la ciudad de Gaza, no pudo sin embargo controlar su propio espíritu. Efectivamente, pudo romper las cuerdas de sus enemigos, pero no se libró de las ataduras de la lujuria.

Junto a la rotura de las cuerdas de los hombres de Judá (15:14) y de los de Dalila (16:4 y ss.), observamos otros siete actos heroicos en la vida de

Sansón que sería útil mencionar a modo de introducción:

1. Venció al león rugiente (14:5 y ss.).
2. Venció a treinta filisteos en Ascalón (14:19).
3. Destruyó los sembrados filisteos (15:3-5).
4. Hirió gravemente a los filisteos porque habían hecho arder a su mujer y a su padre (15:6-8).
5. Mató a mil hombres con una quijada de asno en Lehi (15:14-16).
6. Llevó las puertas de Gaza a la cumbre del monte (16:3).
7. Al morir, mató aproximadamente a tres mil hombres (16:23 y ss.).

Dios quiera que, mientras estamos en conflicto con el enemigo, el ejemplo de Sansón nos sirva para ser «fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad, con gozo (...)» (Co 1:11).

ÉL COMENZARÁ A SALVAR A ISRAEL
 DE MANO DE LOS FILISTEOS
 Jueces 13:5

Este primer capítulo ofrece una breve introducción acerca de la vida y del servicio de Sansón. Los capítulos 13 a 16 del libro de los Jueces presentan claramente el conflicto que mantuvo con los filisteos. Observamos una línea que comienza en Sansón, llega hasta David y continúa finalmente hasta Cristo, el verdadero Salvador de su pueblo.

Sansón y los filisteos

Al anunciar el milagroso nacimiento de Sansón, el Ángel del Señor le dijo a la esposa de Manoah (su nombre no es revelado) que el hijo que daría a luz comenzaría a salvar a Israel de mano de los filisteos. La exactitud de la Palabra de Dios, aun en los pequeños detalles, siempre nos maravilla. En primer lugar, vemos que los enemigos de Dios en aquellos días eran los filisteos; formaban, de hecho, una fuerza ocupante (10:17; 14:4 y 15:11). La afirmación del final de Jueces 15 también es

significativa, pues deja constancia de que Sansón juzgó a Israel durante veinte años «en los días de los filisteos» (15:20). Uno tras otro, Samuel, Saúl y David tuvieron que vérselas con este formidable adversario, tal como vemos en 1 y 2 de Samuel.

En segundo lugar, se ha observado que Sansón sólo comenzaría a salvar a Israel de mano de los filisteos. La liberación final del poder de este archienemigo no estaría en las manos de un juez, sino del rey David, el hombre según el corazón de Dios (2Sa 5:17-25; 8:1). La aparición de Sansón significaba un primer paso en la liberación de Israel. Esta tarea sería completada por medio de las victorias de David, quien, de manera más lograda que Sansón, era un tipo del Mesías, el gran Redentor del pueblo de Dios. Para los creyentes del Nuevo Testamento la alusión queda suficientemente clara: una línea que corre desde Sansón hasta David, y luego hasta Cristo. Sólo Él completaría verdaderamente la liberación. En este libro dirigiremos toda nuestra atención a Aquel que es el gran Salvador de su pueblo. Detrás de los filisteos, quienes servían a los ídolos (demonios, según 1Co 10:20), podemos percibir el poder de Satanás, el gran oponente de Dios. Y a este oponente, Cristo lo ha vencido gloriosamente.

El libro de los Jueces también nos relata la victoria de Samgar sobre los filisteos. Mató a seiscientos hombres con una aguijada de buey (3:31).

Esta victoria se asemeja a la que consiguió Sansón con una quijada de asno (otra arma despreciable), relatada en Jueces 15 y con la que eliminó a un ejército de mil hombres (15:15). Según está escrito en 1Sa 13:19-22, los filisteos habían prohibido a los hebreos fabricar espadas o lanzas. Tal era el pesado yugo de los filisteos en los días de Saúl, probablemente no muy distinto de la época de Sansón.

El nacimiento del libertador

Otra cosa importante es que el nacimiento, vida y llegada de Sansón fueron actos de la soberana gracia de Dios. Los israelitas no habían pedido tales cosas, y tampoco se las merecían. En Jueces 13 no hallamos una sola palabra de arrepentimiento acerca del mal que habían practicado, por lo que el Señor los entregó al poder de los filisteos cuarenta años, hasta que llegaron los días de Samuel (13:1; 15:20; 1Sa 7:2 y ss.). La expresión «hacer lo malo ante los ojos de Jehová» señala su pecado de idolatría. Los israelitas servían a los ídolos de los países circundantes y no realizaban el mínimo esfuerzo para volverse al Dios vivo y verdadero. No tenían la menor iniciativa para orar por la liberación del poder del enemigo ni eran humildes delante de Dios, como sí habían hecho en ocasiones anteriores cuando padecían grandes necesidades y habían

tenido que clamar a Él (3:9,15; 4:3; 6:7; 10:10 y ss.).

Aun así, Dios les concedió un libertador, aunque había permitido que su pueblo cayera bajo el cautiverio del adversario por cuarenta años (este número aparece varias veces en la Biblia como un período completo de prueba). Esto mostraba la pura gracia de Dios, así como también el envío de su Hijo la mostraría después de todos los fracasos del primer hombre. Un acto que sólo podía fluir de la infinita bondad y misericordia de Dios. Él cuidaba a su pueblo, les mostraba piedad y su mirada estaba permanentemente sobre ellos. En Manoa y su esposa podemos ver la figura de un remanente, tal como sucedió en la venida de Cristo por su pueblo en los primeros capítulos del evangelio de Lucas. Ellos anhelaban servir y adorar al Señor. Por este motivo, Manoa ofrecía holocausto y ofrenda vegetal a Dios en un altar sobre la peña (13:19-20).

Sansón nació en el seno de esta familia de creyentes, con padres que habían gozado de un encuentro personal con Dios el Señor, pues el Ángel del Señor se les había aparecido a ambos (13:21-22). Sansón fue consagrado a Dios desde el vientre de su madre, apartado totalmente para Su servicio. Desde su nacimiento fue nazareo para Dios (13:5). En el capítulo 2 veremos con más detalle el concepto de nazareo, que significa «consagrado». San-

són fue un instrumento en las manos de Dios a fin de lograr la liberación de su pueblo. Siempre que el Espíritu del Señor descendía sobre Sansón, éste se volvía invencible, transformándose en un extraordinario canal de poder divino y sobrenatural.

Sinopsis de la vida de Sansón

El capítulo 13 del libro de Jueces describe su nacimiento y juventud; el capítulo 14 presenta su casamiento y el enigma que lo llevará a su primer enfrentamiento con los filisteos. En Jueces 15, se nos ofrece el clímax que alcanzó su lucha contra estos adversarios. Sansón quebró el poder de ellos asestándoles un duro golpe al destruir todas sus cosechas. Y cuando los hombres de Judá quisieron extraditarlo a los filisteos como prisionero, Sansón mató con una quijada de asno a mil de ellos. Este capítulo concluye con el comentario de que Sansón juzgó a Israel durante veinte años (15:20).

El capítulo 16 describe la caída y muerte de Sansón. Este capítulo se ofrece como un apéndice, pero también tiene cierto paralelismo con los capítulos 14 y 15. En dos ocasiones, Sansón tuvo que revelar un secreto ante la insistencia de una mujer. También vemos que él oró dos veces. Lamentablemente, la vida de este juez fue de mal en peor, y no sólo en un sentido moral o espiritual,

sino también literal (16:1,4). Terminó su vida en una prisión de Gaza, donde tuvo que realizar trabajos forzados aprisionado con cadenas. Luego de que Dalila (su nombre significa «coqueta») pudo arrebatarle el poder moral y espiritual de nazareo, como también la señal de su consagración a Dios (su cabello largo), Sansón perdió su fuerza física, su libertad e incluso la vista.

Este triste final fue realmente compensado por el hecho de que Dios le devolvió la fuerza en una última ocasión. Sansón empujó las columnas que soportaban el templo de Dagón, de manera que todo el edificio se desplomó encima de los que estaban presentes (tres mil personas aproximadamente). Por lo tanto, Sansón mató al morir más personas de las que mató en vida. Además, no fue enterrado en tierra del enemigo, sino en un sepulcro familiar, en el de su padre Manoa (su nombre significa «descanso» —16:30-31).

Para finalizar, debemos señalar la gran diferencia que existe entre la aparición de Sansón y la de los que lo precedieron como jueces de Israel. Primeramente, Sansón permaneció totalmente solo. Tal como Antipas, hubo un tiempo en que tuvo que soportar la contradicción de su propio pueblo (15:11-13; Ap 2:13). Esto marca una diferencia sustancial en cuanto a las anteriores historias del libro de los Jueces, pues siempre hubo compañeros para la lucha, incluso a veces su nú-

mero debía ser reducido para que Dios pudiera otorgarse el honor de la victoria (cf Jue 7:2). Sansón, sin embargo, nunca tuvo quien lo ayudara en sus batallas contra los filisteos. Los israelitas preferían entregarse a su propia suerte y no se ponían del lado de su libertador.

Aun cuando a veces Sansón combatía a causa de motivos estrictamente personales (represalia o venganza), el poder de Dios siempre se manifestó por medio de él de manera activa, poderosa e innegable. Esto hacía de Sansón, en medio de una total declinación del pueblo de Dios, un instrumento único del Espíritu. Así como al final de su vida fue encadenado y entregado por su propia gente al poder de sus ocupantes, el Señor Jesús también fue entregado por los suyos al poder romano. En este sentido, Sansón es un verdadero tipo del Salvador, quien, abandonado incluso por sus discípulos, peleó la batalla por todos.

EL NIÑO SERÁ NAZAREO A DIOS
DESDE SU NACIMIENTO
Jueces 13:5

En este capítulo nos concentraremos en el hecho de que Sansón era nazareo, motivo que nos lleva a considerarlo como un tipo de Cristo. Esta consagración permanente a Dios también la vemos reflejada en las vidas de Samuel y Juan el Bautista, pero muy por encima de todo en la de Cristo.

Sansón como juez de Israel

Aunque fracasó miserablemente en su vida personal, lo cual era reflejo del bajo nivel de moral del pueblo de Dios en aquellos días, en otros aspectos Sansón es un claro tipo del Mesías. La epístola a los Hebreos lo nombra como uno de los héroes de la fe, aquellos que eran fuertes en batalla y habían puesto en fuga a ejércitos enemigos (He 11:32-34). En Jueces 13 encontramos ciertos detalles que confirman el paralelismo existente entre Sansón y el Señor Jesús, el gran Redentor de su pueblo.

El hecho de que Sansón haya sido llamado a comenzar a liberar a Israel del poder de los filisteos es una de las primeras indicaciones de esto. Los héroes que una y otra vez liberaban al pueblo de la opresión de sus enemigos, fueron precursores del rey venidero que liberaría a Israel de todos sus enemigos de una sola vez (David). En aquellos días no había rey en Israel, tal como enfatizan los últimos versículos del libro de los Jueces. Por lo tanto, los israelitas tenían que vérselas con el gobierno de los jueces y su administración de justicia.

Sansón fue juez sobre Israel durante veinte años y siempre actuó solo. Nadie lo ayudó; incluso su propia gente estuvo en contra de él (15:11). Esto marca un claro contraste con el comienzo del libro, en el que observamos a menudo a los jueces en su carácter de comandantes militares que compartían las victorias con el pueblo. Esto significa que el poder necesario para liberar a Israel estaba concentrado en una sola persona, ¡y en un sentido muy literal! Esto convierte a Sansón, el duodécimo y último juez descrito en este libro, en un tipo de Cristo, quien también fue rechazado por los suyos y tuvo que llevar a cabo la obra de la redención a favor de su pueblo absolutamente solo.

Sansón provenía de la tribu de Dan, cuyo nombre significa «juez». Las últimas palabras que Jacob dirigió a su quinto hijo aluden a esto: «Dan juzgará a su pueblo, como una de las tribus de Is-

rael» (Gn 49:16; cf 30:6). La manera en que Dan se tomó la justicia por su mano aparece, varias veces, como muy sospechosa (cf Jue 18). Pero dejémoslo por ahora. El oficio de juez era, en sí mismo, muy honorable, y apuntaba en primer lugar al señorío de Aquel quien, por medio del profeta Miqueas, es llamado «juez de Israel (...) cuyas salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Mi 5:1 y 2).

El propio nombre de Sansón también apunta en esta dirección, ya que significa «como el sol» o «hombre sol». Con su llegada, un nuevo día amanecía, por así decirlo, para el pueblo de Dios. En este sentido él es un tipo de Cristo, quien es el «Sol de justicia» (Mal 4:2). Cuando aparezca, amanecerá un mañana sin nubes para Israel y para el mundo (2Sa 23:3-4). Entonces Cristo será la gran luz que gobernará sobre todos. Su reinado implica una bendición divina para aquellos que le temen, aquellos que hoy pueden reflejar su luz en un mundo de tinieblas. Más aún, reinarán con Él sobre toda la tierra. La figura del sol naciente también puede aplicarse a estos fieles, tal como la canción de Débora indica: «Mas los que te aman, sean como el sol cuando sale en su fuerza» (Jue 5:31). El Nuevo Testamento también confirma esto. Jesús les dijo a sus discípulos: «Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre» (Mat 13:43).

Sansón, Samuel y Juan el Bautista

Si volvemos a Jueces 13, podemos ver otros puntos de coincidencia entre Sansón y Cristo como el Salvador de su pueblo, el verdadero Nazareo de Dios. En primer lugar, el peculiar nacimiento de Sansón. La esposa de Manoa era estéril, pero el ángel del Señor le llevó nuevas de gran gozo: ella quedaría embarazada y daría a luz un hijo. El nacimiento de Sansón tuvo lugar debido a una especial intervención de Dios, tal como el nacimiento de Samuel de una mujer estéril, Ana, y el de Juan el Bautista de otra mujer estéril, Elisabet.

Por supuesto, el nacimiento del Señor Jesús de la virgen María fue absolutamente único. Ningún libertador humano puede compararse estrictamente a Cristo; pero, de manera muy cuidadosa, podemos considerar ciertos paralelismos. Así como el Santo Ser nacido de María (Lc 1:35) fue el verdadero Nazareo, cuya vida estuvo íntegramente dedicada a Dios, así también Sansón fue un nazareo desde su nacimiento hasta el día de su muerte. Un nazareo era alguien consagrado y puesto aparte para el servicio de Dios, de acuerdo a ciertas reglas especiales. Pero es muy importante saber que era un nazareato permanente, mientras que el nazareato presentado en Números 6 era temporal. Por lo tanto, en el caso de Sansón Dios reclamaba toda la vida de su siervo.

Podemos afirmar de manera absoluta que no se trata de una simple coincidencia que en el caso de Samuel y de Juan el Bautista también se tratase de nazareatos permanentes, pues ellos eran los precursores del primer rey de Israel, y del gran Rey, respectivamente. En medio de una profunda tristeza, Ana había presentado el voto al Señor en cuanto a que su hijo fuera dedicado a Él todos los días de su vida, y que navaja no pasara sobre su cabeza (1Sa 1:11). Y en el anuncio del nacimiento de Juan el Bautista, dado por el ángel Gabriel, leemos que el niño sería lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre, y que no bebería vino ni sidra (Lc 1:15).

Estas son dos importantes características de un nazareo: llevar el pelo largo y abstenerse de beber vino u otras bebidas alcohólicas. Podemos observar esto en Sansón. Como bien sabemos, tenía el pelo largo como símbolo de su total dependencia de Dios (cf 1Co 11:15, Ap 9:8). Su tremendo poder estaba vinculado al largo de su cabello (16:17).

Pero Manoa y su esposa también recibieron la orden de no beber vino u otras bebidas embriagantes. Esta directiva añade un énfasis especial en lo que respecta a la madre del nazareo: «Ahora, pues, no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda» (13:4-14). El comportamiento de los padres tiene una gran importancia en la preparación de sus hi-

jos. Es muy interesante que a la madre se le haya prohibido comer cosa inmunda. No encontramos esta ordenanza en el voto del nazareato de Números 6, donde de hecho se enfatiza que el nazareo no podía tocar nada impuro (es decir, un cuerpo muerto). A un guerrero como Sansón, esta restricción le hubiera dificultado mucho sus actividades.

El verdadero Nazareo

Estas, entonces, son las tres características específicas de un nazareo, es decir, de un creyente consagrado a Dios según el libro de los Números: completa dependencia de Dios, sobriedad, vigilancia (cf 1 Tes 5:6), santidad y pureza en un mundo impuro. ¿Pueden observarse estas cosas en nosotros?, pues las mismas tienen que ver con las características de Cristo en nuestra vida. ¿Exhibimos los rasgos de Cristo, quien estuvo total y enteramente consagrado a su Dios y Padre? Quizá en la época que estamos viviendo tenga mucha más importancia, como tal vez nunca la haya tenido, exhibir los rasgos característicos de un nazareo para así poder ser un canal del poder de Dios.

Veamos ahora de qué manera el ángel del Señor, el varón de Dios (13:6,8), se fue de Manoa y su esposa: «Cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el ángel del Señor subió en la llama del altar»

(13:20; cf 6:21). Desde la caída del hombre, Dios siempre trató a su pueblo con compasión sobre la base de un sacrificio. Tenía que llegar el día en que el verdadero Salvador vendría a participar «de carne y sangre» (He 2:14). Él debía nacer como un niño. Como Varón de dolores, debía ofrecer su vida en la cruz del Gólgota para después, en virtud de su obra cumplida, ascender nuevamente a los cielos. Las maravillosas acciones llevadas a cabo por el ángel del Señor (una epifanía de Cristo antes de la encarnación —cf Gn 18; Éx 23:20-23; Jue 2:1-5) fueron sólo un adelanto de esas cosas.

Los últimos versículos de Jueces 13 nos recuerdan brevemente el nacimiento de Sansón y también que durante su crecimiento el Señor lo bendecía. En términos similares, el evangelio según Lucas nos relata cómo crecían Juan el Bautista y Jesús (Lc 1:80; 2:40). El capítulo 13 termina anunciando que el Espíritu de Jehová comenzó a apremiarle a que cumpliera sus tareas como instrumento en las manos de Dios. Esto nos recuerda la manera en que Jesús, el verdadero Nazareo, fue conducido por el Espíritu al desierto (Lc 4:1). Claro que en el Señor no vemos ni el mínimo rastro de fracaso, que sí fue característico de la vida de Sansón. La consagración de Cristo fue absoluta, hasta el fin, incluso hasta la muerte.

El Espíritu de Jehová comenzó a apremiar a Sansón en Mahané-dan (campo de Dan), entre

Zora y Estaol (13:25 VM). Mahané-dan era el campamento militar de los danitas, quienes habían emigrado hacia el norte (18:2,11,12). Sansón comenzó sus tareas en los alrededores. Los discípulos tenían que hacer algo similar cuando debían testificar de su Señor por los alrededores después del descenso del Espíritu Santo. Comenzaron a trabajar como soldados de Jesucristo en Jerusalén. Este principio también tiene vigencia para nosotros.

SU NOMBRE ES ADMIRABLE

Jueces 13:17-18

Si bien el nacimiento de Sansón fue un milagro, no puede compararse con el nacimiento de Cristo de la virgen María. Su nombre es realmente Admirable, porque después de su admirable encarnación vino su admirable muerte, resurrección y ascensión.

Dios con nosotros

Cuando Jacob, quien luchó por el vado de Jaboc, le preguntó a su contrincante su nombre, en principio recibió la misma respuesta que Manoah: «¿Por qué me preguntas por mi nombre?» (Gn 32:29). En esa ocasión, la pregunta de Jacob fue respondida con otra pregunta. Es muy positivo tener el deseo de hacerle preguntas a Dios, sobre todo acerca del Nombre que es sobre todo nombre. Pero ¿alcanzaba Jacob a discernir qué era lo que quería saber en realidad? Es necesario que hagamos esta inofensiva pregunta como pequeños seres humanos que somos. ¿Comprendemos realmente con Quién estamos tratando? Nuestros

deseos de aprender más de Dios, ¿pueden soportar un análisis crítico?

El nombre del Varón que luchaba con Jacob, el nombre del Ángel del Señor que se apareció a Manoa, sólo sería revelado por completo en tiempos del Nuevo Testamento. Hoy en día conocemos este maravilloso nombre y podemos pronunciarlo con libertad: es el nombre de Jesús, quien quiso salvar a su pueblo de sus pecados (Mat 1:21). Este nombre había permanecido oculto durante los tiempos del Antiguo Testamento. Ni en la época del Génesis ni en la época de los Jueces había llegado el tiempo para revelarlo. No obstante, en la respuesta que recibió Manoa había algo más que en la que había recibido Jacob, pues en esta oportunidad el Ángel del Señor agrega las siguientes palabras: «¿...que es admirable?» (13:18).

De manera progresiva, el Antiguo Testamento ha ido revelando los distintos aspectos de la gloria de Cristo hasta que llegó la plenitud del tiempo y tuvo lugar su encarnación, por medio de la cual Dios hecho hombre vino al mundo. Isaías había profetizado acerca de esto: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado» (Is 9:6). Este Hijo fue el verdadero Nazareo y Redentor. Sansón sólo fue una débil figura de Él, y el milagroso nacimiento de este juez una sombra del nacimiento del Mesías. Isaías también había profetizado acerca del milagro del nacimiento del Hijo de Dios: «He aquí que

la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» (Is 7:14). Emanuel significa «Dios con nosotros». Compara esta expresión con lo que dice el Nuevo Testamento: «Dios fue manifestado en carne»; «Y aquel Verbo fue hecho carne» (1Ti 3:16; Jn 1:14).

Y se llamará su nombre Admirable

De esta forma, Manoa recibía una respuesta más completa que la que había recibido Jacob, y cabe aclarar que esta revelación divina transmitida con la contestación del Ángel fue el fruto de la oración de Manoa (13:8-9). Dios se revela a nosotros cuando deseamos conocer más de Él, cuando verdaderamente estamos preparados para escuchar su voz. El Ángel no podía revelar su nombre porque era admirable. En ese momento todavía no podía hablar de ello, pues el tiempo oportuno para tal revelación en la historia de la salvación aún no había llegado. De manera que el Ángel se limitó a dar poca información acerca de lo que constituía un secreto: su nombre y su persona admirable. Manoa y su esposa debían conformarse con lo poco que se les había dicho.

El Ángel del Señor, al tiempo que revelaba algo acerca de su nombre, también ocultaba la verdadera esencia del mismo. Todavía no podía ser

declarado, pues era admirable. Sin embargo, estas palabras del Ángel también pueden interpretarse como algo literal y personal. Es decir, él se llama *Admirable* de verdad. De hecho, este es uno de los nombres del Mesías enumerados por el profeta Isaías, y nada menos que el primero de una lista de cinco nombres: «Y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz» (Is 9:6). Recordemos también el nacimiento milagroso de Isaac, el hijo de la promesa de Dios, quien nació de la estéril Sara. Nada es demasiado difícil (o demasiado sorprendente; cf versión JND) para el Señor.

La significativa respuesta que el Ángel del Señor le había brindado a Manoa también puede ser aplicada, en cierto sentido, a los creyentes del Nuevo Testamento. Hay aspectos del Nombre sobre todo nombre aún insondables para nosotros. Este nombre contiene tanto esplendor que el mismo Señor dijo: «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre» (Mat 11:27). En todo caso, ante la maravillosa revelación que nos ha sido hecha nuestra actitud debería estar caracterizada por la adoración y una santa admiración, tal como lo demostraron Manoa y su esposa. Debemos inclinarnos ante Él, rendirle tributo y traerle nuestro sacrificio de alabanza. Esto es lo que la revelación del nombre del Señor siempre produce en nosotros.

Él hizo un milagro

Hay algo más en estos versículos que llama nuestra atención (13:19-20). Y es que además de tener el nombre Admirable, Él también obró un milagro de manera admirable, ascendiendo a los cielos en las llamas del altar. El versículo 19 nos relata que el Ángel «obró maravillosamente» (VM). Así también, el milagro de la encarnación de nuestro Señor fue sucedido por los milagros de su muerte, resurrección y ascensión.

Manoa tomó un cabrito y una ofrenda vegetal y los ofreció al Señor sobre una peña. La ofrenda vegetal consistía en una flor de harina mezclada y unguida con aceite. Esto es un tipo de la humanidad perfecta de Cristo. Nació del Espíritu Santo, pero al mismo tiempo fue unguido con Él. Por otro lado, la ofrenda encendida nos habla de un sacrificio cruento, pues el Señor pasó por la muerte para la gloria de Dios Padre. Ambos sacrificios fueron de olor suave a Dios. Pablo alude a esto en Efesios 5:2: «Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda (como la ofrenda vegetal) y sacrificio (cruento) a Dios en olor fragante».

Notemos que Manoa sacrificó un cabrito, el cual, según el Antiguo Testamento, se ofrecía como ofrenda por el pecado, al menos en el caso de los sacrificios colectivos (cf Lv 1:10-13). Manoa, por lo tanto, ofreció el cabrito a Dios como

una ofrenda encendida (13:16; cf 6:19-21). La ofrenda encendida siempre era acompañada por la ofrenda vegetal. Y esto nos enseña lo siguiente: el hecho de que Cristo se haya entregado a la muerte tiene un altísimo valor porque fue el único Hombre puro y santo que glorificó a Dios durante su vida en la tierra. Era en todos los aspectos el verdadero sacrificio. Sacrificios y ofrendas, holocaustos y expiaciones por el pecado no podían agradar a Dios, sino únicamente el sacrificio del cuerpo de Jesucristo (He 10:5-10).

Y luego de haberse ofrecido a sí mismo sin mancha a Dios, pudo volver a los cielos en virtud de su sacrificio. ¡Así como el ángel subió en la llama del altar, así también Jesús se ha sentado a la diestra de la majestad de las alturas! Ahora comprendemos algo de esta maravillosa forma de obrar. La misma Persona que se ha dado para el sacrificio es la que ahora está exaltada en los cielos. Es también necesario recordar que Él fue llevado a la gloria por Dios, pero el énfasis aquí está puesto en la ascensión que logró por sí mismo. Cristo, como hombre, retornó a los cielos desde donde había descendido. Considerar esto «es cosa maravillosa a nuestros ojos» (cf Sal 118:2-23).

Somos espectadores de semejante maravilla, tal como Manoa y su esposa (y Gedeón en Jueces 6). Sin embargo, no debemos permanecer inmóviles, como tampoco ellos lo estuvieron: debemos

inclinarnos ante el Señor y adorarle con el tributo de nuestro corazón. De estas circunstancias recibimos otra enseñanza: Manoa no había comprendido mucho acerca de los propósitos de gracia de Dios, como podemos ver por el resto de su historia, pero su esposa sí tuvo más discernimiento espiritual (13:22-23). ¿Y qué sucede con nosotros? Cuando observamos todas las maravillas de la obra milagrosa de Cristo, ¿tenemos el suficiente discernimiento como para ocupar nuestro lugar de adoradores? ¿Decimos como Jacob: «Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma» (Gn 32:30)?

DEL DEVORADOR SALIÓ COMIDA,
Y DEL FUERTE DULZURA
Jueces 14:14

En este capítulo nos ocuparemos de los resultados particulares de la victoria de Cristo sobre el poder del enemigo, que continúa caminando en este mundo como un león rugiente buscando a quien devorar.

Más fuerte que el león

La historia del matrimonio de Sansón y de sus enigmas nos enseña acerca de los benditos resultados de la victoria de Cristo sobre el poder del Adversario, quien, según el apóstol Pedro, «como león rugiente anda alrededor buscando a quien devorar». El león abatido y muerto es una figura del diablo, quien se encontró con alguien muy superior a él: Cristo. El diablo es un devorador que constantemente está en búsqueda de alguna presa. También es el fuerte que guardaba sus posesiones y que sólo pudo ser conquistado por alguien «más fuerte que él», alguien con poder divino (cf Mat 12:29; Lc 11:21-22; He 2:14-15).

Al presentar su enigma, Sansón utilizó estas dos expresiones que se refieren al león que él mismo había matado en las viñas de Timnat (una ciudad ubicada en la región de la tribu de Dan, en los límites de Judá, donde obviamente vivían los filisteos). Comprender el significado espiritual de las palabras de Sansón no presenta dificultad alguna. Cristo es el Hombre más fuerte que no sólo ató al devorador, sino que también le asestó el golpe final, una puñalada mortal.

En realidad, esta última expresión no es totalmente correcta. Pues Sansón, a decir verdad, no tenía con él ningún arma cuando mató al león. David, en cambio, quizá sí tenía una cuando, mientras cuidaba las ovejas de su padre, mató al león y al oso (1S 17:34-35). Sansón ganó la batalla sólo con las manos. El Espíritu del Señor vino sobre él y le fortaleció sus manos de manera que pudo despedazar al león rugiente, como se despedaza a un pequeño cabrito (14:5,6). Y tal fue también la victoria que logró Cristo sobre Satanás. Cristo lo enfrentó solamente con su poder y dignidad, sin utilizar medios humanos. Peleó la batalla absolutamente solo, pues ningún hombre permaneció a su lado. De esta manera, ganó (por medio del Espíritu de Dios) una contundente y definitiva victoria sobre el malvado, aquel cuyo poder fue destruido para siempre.

Tres lecciones importantes

Creo que tenemos aquí la lección tipológica más importante del pasaje que estamos tratando, y estoy convencido de que necesitamos, en primer lugar, comprender a fondo esta enseñanza. Naturalmente, en nuestras vidas surgirán muchos problemas porque Satanás es aún el príncipe de este mundo, y todavía anda en él como león rugiente; pero dichos problemas serán secundarios. Lo que sí debemos recalcar es que Cristo ganó una tremenda y definitiva batalla sobre su adversario. Parece que las Escrituras desean enseñarnos al respecto lo siguiente:

1. La esencia del conflicto.
2. Su final definitivo.
3. Los benditos resultados que la victoria de Cristo ha logrado para los suyos.

1. Cristo era el Juez, el Salvador y Redentor de su pueblo, el Nazareo consagrado totalmente a Dios desde el vientre de su madre. Él vino a enfrentarse cara a cara con un violento adversario que quería destruir su vida. Y tal nefasto intento se manifestó de manera particular desde la tentación en el desierto, cuando el diablo trató de hacerlo caer; pero finalmente tuvo que apartarse de Él por un tiempo. Cristo ganó la batalla absolutamente

solo, pues había peleado con el poder de Dios. No tenía ningún arma humana, su única arma fue la espada de la Palabra de Dios.

2. Luego siguieron los años del ministerio del Señor, en los cuales por medio de su poderataba cada vez más al hombre fuerte (Satanás) y saqueaba sus bienes. Este aspecto no está en absoluto contemplado en la historia de Sansón. Aquí vemos, como ya hemos señalado, sólo el resultado definitivo de la confrontación entre el Señor y el enemigo de las almas. Cristo ganó de manera cabal la victoria sobre su adversario en la cruz del Calvario. Esto lo presenta la epístola a los Hebreos de manera maravillosa: «Así que por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (He 2:14,15).

3. Pero sin embargo, los resultados benditos de esta victoria sólo alcanzan a aquellos que han creído en Él. Y esto implica que todavía se presente una situación muy tensa, pues por un lado Satanás es un enemigo vencido, pero por el otro todavía anda buscando a quien devorar. Su derrota es un hecho establecido, pero la ejecución del jui-

cio deberá esperar hasta el comienzo del milenio. En ese momento será atado y echado al abismo para luego, una vez transcurridos los mil años, ser arrojado definitivamente al lago de fuego y azufre (Ap 20:2,10).

Por lo tanto, la comida que sale del devorador y la dulzura que emana del fuerte todavía no está a disposición de todos. La creación entera todavía no puede disfrutar de los gloriosos resultados del triunfo de Cristo en la cruz. Esto sólo tendrá lugar cuando retorne por segunda vez. Mientras tanto, los que sí comparten el resultado bendito y dulce de su triunfo son aquellos que están unidos a Él. Ellos prueban, por así decir, la miel que brota del fuerte, como Sansón mismo comía en el camino y convidaba a su padre y a su madre de la miel que salía del cuerpo del león (14:9).

Actualmente, sólo la familia del Vencedor puede disfrutar de Su victoria: aquellos que conocemos al Señor y pertenecemos a Él, quienes hemos oído la Palabra de Dios y, al obedecerla, nos hemos convertido en sus parientes, en su madre y sus hermanos (Lc 8:21). Inicialmente, esta familia estaba formada por los creyentes de Israel, pero luego se fueron agregando los creyentes de todas las naciones.

El secreto de la obra en la cruz y la resurrección de Cristo

El triunfo de Cristo en el Gólgota permanece un gran secreto para la mayoría de personas, tal como podemos apreciar en nuestra historia. Incluso los parientes de Sansón, sus más cercanos, no conocían el origen de la miel que su propio hijo les ofrecía. Así también, en estos tiempos las buenas nuevas del evangelio permanecen veladas para la nación judía, porque sobre sus corazones aún permanece un velo (Ro 11:8; 2Co 3:15). Para los filisteos, aquellos que sólo son simples profesantes (aunque de hecho sean personas mundanas), también es un completo misterio.

Aún más, el mensaje de la cruz es locura para los que se pierden (1Co 1:18). Ellos no entienden en absoluto que la salvación sólo puede alcanzarse en Cristo crucificado. Y que Él, por medio de sus sufrimientos, su muerte expiatoria y gloriosa resurrección de entre los muertos, ha aniquilado todos los poderes hostiles para que su pueblo pudiera gozar de los dulces frutos de su obra. Todas estas cosas se perciben por la fe: la fe en la Palabra de Dios, en la obra consumada por Cristo y en Dios, que lo levantó de entre los muertos. Sin fe, todo esto permanece como un profundo misterio, un secreto, un enigma que nadie puede resolver, ni en tres días ni tampoco en siete (14:14-15).

Los filisteos, enemigos del pueblo de Dios, sólo pudieron resolver el enigma por medio de una vil artimaña. Presionaron a la esposa de Sansón para que les facilitara la solución del misterio, pero este comportamiento les acarreó también el final de la fiesta y su propia destrucción. Esto es totalmente diferente para los que creemos. Los secretos de Dios no resultan un misterio para nosotros. El mismo Espíritu Santo, quien habita en nuestro interior, nos revela todas las cosas, introduciéndonos en los misterios de la sabiduría de Dios (1Co 2:6-16).

Por esta causa, podemos repetir (en figura) con el Vencedor: «¿Qué cosa más dulce que la miel? ¿Y qué cosa más fuerte que el león?». En otras palabras, nada puede compararse a los dulces y gloriosos resultados de la obra de Aquel que venció al poderoso enemigo. Cristo anuló a quien tenía el poder sobre la muerte, ahora estamos redimidos y libres. Podemos gozar del dulce alimento y de la paz con Dios, libres del pecado y de la muerte y poseedores de la vida eterna.

La miel era una de las bendiciones de la Tierra Prometida (Dt 8:7-9). La tierra de Canaán es una figura de los lugares celestiales donde abunda la riqueza de las bendiciones para el cristiano (Ef 1:3). La victoria de Cristo en la cruz de ignominia nos ha logrado todas las bendiciones celestiales. La miel aclara nuestros ojos, corazón y entendimiento

(tal como sucedió con Jonatán, cf 1 S 14:27), hasta que aparezcamos con Cristo en gloria y el secreto de su victoria sea revelado para brillar ante la vista de todos.

*Libres por fin, pues de Satán triunfaste,
gloria te damos, nuestro Redentor;
En luz eterna, a los que así tú amaste,
siempre tendrás para alabar tu amor.*

LA FUENTE DEL QUE CLAMÓ
Jueces 15:19

Sansón parecía ser invencible en sus enfrentamientos con el enemigo. Sin embargo, quedó manifiesto que se trataba de un ser humano limitado que dependía en absoluto de la ayuda de Dios. La «fuente del que clamó» marca este importante momento en su vida.

La lucha de Sansón contra los filisteos

En este capítulo podremos observar el momento culminante que alcanzó la lucha de Sansón contra los filisteos, y cómo él, en medio de esta situación, apareció como el gran vencedor. Pero esta victoria, este logro, en realidad no le pertenecía, sino que fue una obra del Señor. Sansón debía, pues, aprender a darle al Señor toda la gloria a causa de la liberación que Él mismo había logrado. Sansón era un ser humano dependiente, un instrumento en las manos de Dios a fin de lograr la victoria sobre los filisteos: «Y teniendo gran sed, clamó luego a Jehová, y dijo: tú has dado esta gran salvación por mano de tu siervo; ¿y moriré yo aho-

ra de sed, y caeré en mano de los incircuncisos?» (15:18).

Al considerar el final del capítulo 14 de Jueces, resulta evidente que el hecho de que Sansón le haya propuesto matrimonio a una filisteá llevó a su primera confrontación con los ocupantes (14:4). La ira del novio estalló debido a que sus compañeros habían logrado sonsacarle la solución a su mujer el séptimo día de la fiesta. Pero si no hubieran «arado con la novilla» de Sansón, nunca habrían descubierto el enigma. Él se veía ahora en la obligación de cumplir con su promesa y darles treinta vestidos de lino y treinta de fiesta (14:12). Y, efectivamente, cumplió con su promesa matando en Ascalón a treinta hombres de ellos y reparando sus vestidos a aquellos que habían resuelto el enigma. Luego de este suceso, Sansón, encendido en ira, se volvió a la casa de su padre; y en estas circunstancias, sin que él se diera cuenta, su mujer fue entregada a su compañero, a quien había tratado como amigo.

El capítulo 15 comienza el relato de lo que sucedió luego de haber transcurrido algún tiempo, momento en que Sansón visita a su mujer en los días de la siega del trigo (en el 15:5, el autor retornará a este sujeto). Él deseaba restablecer la relación con su mujer, por lo que le lleva un cabrito como presente (cf Gn 38:17,20,23). Pero como era de prever, su padre no podía actuar como si

nada hubiera pasado, por lo que impidió que Sansón la viera. Esto produjo un nuevo conflicto entre Sansón y los filisteos.

Sansón fue y cazó trescientas zorras (o según algunos dicen, chacales), unió por sus colas a cada par y les ató unas teas. Luego, encendiendo las teas soltó a los animales en los sembrados de los filisteos y el fuego destruyó las mieses, las viñas y los olivares. Los filisteos decidieron vengarse quemando a su mujer y a su suegro (15:6). Esto condujo nuevamente a una acción de Sansón en contra de sus enemigos, pues «los hirió en cadera y muslo con gran mortandad» (15:7-8).

Viviendo en la roca

Luego de estos sucesos, Sansón descendió y habitó en la cueva de la peña de Etam (en Judá, al este de Zora); sin duda pensó que allí estaría seguro por algún tiempo. Pero los filisteos estaban sedientos de venganza, por lo que descendieron masivamente y acamparon en Judá, desplegándose directamente en Lehi (este nombre significa «quijada», cf 15:17). Luego de mantener tratativas con las fuerzas enemigas, los hombres de Judá (¡tres mil hombres!) visitaron a Sansón en su escondite con el objetivo de atarlo y entregarlo a los filisteos. Sansón accedió, pero demandó a sus hermanos que no

fueran ellos los que lo mataran. Los hombres de Judá aceptaron, lo ataron con cuerdas nuevas y lo hicieron salir del refugio de la peña (15:9-13).

De esta manera, Sansón abandonaba su lugar seguro en la cueva de la peña de Etam (nombre que significa «fortaleza», o guarida de depredadores). Este refugio en la roca nos recuerda un suceso de la vida de Moisés. Israel había pecado gravemente en el Monte Horeb y Moisés halló refugio en la hendidura de la peña (Éx 33:21-22). Esto contiene una enseñanza espiritual para nosotros: en Cristo la Roca estamos completamente seguros del juicio y del poder del enemigo. Cuando somos conscientes de nuestra elevada posición en Cristo y vivimos según esta verdad, nadie puede dañarnos. Él es la única fortaleza segura para los creyentes, quienes ven debilidad en ellos, como los conejos, «pueblo nada esforzado... [que] ponen su casa en la piedra» (Pr 30:26).

Desafortunadamente, Sansón fue sacado de la cueva por los hombres de Judá, quienes actuaban de cómplices del enemigo (15:13). Sabemos que como cristianos no podemos perder nuestra posición en Cristo, pero el enemigo igualmente trata de robarnos el gozo de dicha posición. Y resulta mucho más lamentable que pueda encontrar colaboradores en medio del pueblo de Dios, quienes se muestran decididos a llevarnos hasta el propio adversario. Estas personas nos hacen pensar

en aquellos engañadores que trataban de robar a los gálatas la libertad en Cristo con sus intentos de judaizarlos. También los podemos identificar con los falsos maestros que trataban de alejar de Cristo a los colosenses. Nosotros no debemos permitir, como sí hizo Sansón, que nadie nos ate con «dos cuerdas nuevas».

Tan pronto como Sansón llegó a Lehi y los filisteos salieron gritando en su contra, el Espíritu de Jehová vino sobre él y sus ataduras se disolvieron: «Las cuerdas que estaban en sus brazos se volvieron como lino quemado con fuego» (15:14). Indudablemente, esto era un anticipo de lo que sucedería en el futuro. Dalila también ataría a Sansón con cuerdas nuevas, pero él podría, como esta vez, deshacerse de ellas como si se tratara de simples hilos (16:12). De momento, Sansón era invencible para las fuerzas del enemigo. Halló una quijada de asno aún sin descomponer (por lo tanto muy fuerte) y mató con ella a mil hombres, a una gran multitud de filisteos. En una estrofa de cuatro líneas, Sansón cantó su victoria:

*Con la quijada de un asno
un montón, dos montones;
con la quijada de un asno
maté a mil hombres.*

Cuando terminó de cantar, arrojó la quijada y llamó a aquel lugar Ramat-lehi, que literalmente significa «Colina de la quijada» (15:15-17). Pero ¿fue ésta una victoria honorable? Una quijada de asno era un arma despreciable. Más aún, al tener contacto con ella quedaba contaminado, pues un israelita no podía tocar el cadáver de ningún animal inmundo (Lv 5:2). Peor aún fue el hecho de que Sansón no le hubiera dado a Dios la honra de esta gran victoria. ¿Acaso no era tan solo un siervo y un instrumento en Sus manos?

El agua que brota de la roca

Como Sansón olvidó su pequeñez, Dios lo tuvo que hacer pequeño. Repentinamente, Sansón sintió mucha sed y estuvo en peligro de desmayarse. Entonces comprendió nuevamente cuánto dependía de su Dios y que debía darle todo el honor. Clamó al Señor, diciendo: «Tú has dado esta gran salvación por mano de tu siervo; ¿y moriré yo ahora de sed, y caeré en mano de los incircuncisos?» (15:18).

Esta gran salvación divina que menciona Sansón nos recuerda a los cristianos la expresión «una salvación tan grande»; la salvación que ha sido cumplida por medio del gran Vencedor, el Señor Jesucristo (cf He 2:3). En el segundo libro

de Samuel, capítulo 23, hallamos un paralelo con algo acaecido en la historia de Israel. Sama, uno de los valientes de David, mató a muchos filisteos en Lehi, el mismo lugar en el cual Sansón había peleado contra ellos. En aquel entonces, el Señor también «dio una gran victoria» (23:12).

El Señor respondió al clamor de Sansón, y lo hizo de una manera maravillosa, tal como sucedería en su última oración antes de morir (16:28). Dios abrió la cuenca de Lehi ante su vista y brotó agua, de manera que Sansón pudo beber y tomar nuevo vigor. Una vez repuesto, llamó el nombre de aquel lugar «la fuente del que clamó». Este lugar sigue ubicado en Lehi hasta hoy, según la información que el autor mismo brinda (15:19). Dicha fuente provee un refrigerio constante.

Una vez más hallamos un tema ya mencionado en ocasión del viaje de los hijos de Israel a través del desierto: la roca de Lehi nos recuerda a la roca de Horeb (Éx 17:6). Los israelitas no sufrieron sed cuando Dios los guio por el desierto: «No tuvieron sed cuando los llevó por los desiertos; les hizo brotar agua de la piedra; abrió la peña, y corrieron las aguas» (Is 48:21). Pero esto sucedió sólo después de que Moisés castigara a la roca con su vara: «Y la roca era Cristo», nos dice Pablo contundente (1Co 10:4). Las frescas corrientes de agua son una figura del Espíritu Santo, del cual se nos dio a beber (1Co 12:13). Y cuánto nos convendría recordar

siempre que la Roca tuvo que ser golpeada para que estas aguas pudieran fluir. El Espíritu sólo nos podía ser dado luego de que Jesús fuera glorificado (Jn 7:37-39). La obra consumada de Cristo en la cruz del Calvario, donde Él cargó con nuestras iniquidades, fue la base para el posterior derramamiento del Espíritu Santo. Y es el mismo Espíritu el que nos da vida y nuevas fuerzas. Además, es por medio del Espíritu que tenemos acceso al Padre, tanto con nuestras oraciones como con nuestras alabanzas. ¿Conocemos esta fuente, la fuente del que clamó? ¿Somos de sus sacerdotes, de aquellos que invocan su nombre?

EL FUERTE Y EL MÁS FUERTE
Jueces 16:3

El evento que surge como tema de estudio en este capítulo tiene que ver con el fin de la carrera de Sansón. Resulta obvio que su vida estuvo marcada por los desvíos. Pero aun así, Dios estuvo junto a él y le concedió una impresionante victoria sobre el enemigo. Los pilares de las puertas de Gaza no pudieron retener a Sansón cuando se levantó a medianoche. De igual manera, las puertas de la muerte tuvieron que ceder ante el poder de Cristo cuando resucitó del sueño de la muerte. La tumba no podía retener al más grande Hijo del gran David. Cristo, el Héroe vencedor, ganó. Ésta es la lección tipológica que vemos en esta sección.

La ciudad fuerte de Gaza

La breve historia del comienzo de Jueces 16 presenta una hermosa figura de la victoria de Cristo sobre su adversario, el diablo, quien tenía el poder de la muerte (He 2:14). El versículo sobre el que quiero dirigir nuestra atención en relación con esto es el siguiente: «Y a la medianoche se levantó,

y tomando las puertas de la ciudad con sus dos pilares y su cerrojo, se las echó al hombro, y se fue y las subió a la cumbre del monte que está delante de Hebrón» (16:3). Por un momento, dejemos de lado el trágico fracaso de Sansón como nazareo y juez de Israel, y concentrémonos en nuestro objeto: en Sansón como tipo de Cristo. La lección que encontramos aquí es similar a la del león muerto, pero con un énfasis diferente. La historia de Jueces 14 se refería a un conflicto personal con el enemigo, una lucha hombre a hombre que finalizó con una total victoria del nazareo de Dios.

En Jueces 16 el objeto no es un conflicto personal, sino una victoria sobre una ciudad. Esta ciudad y sus puertas simbolizan el poder del enemigo sobre todos aquellos que se encuentran bajo su dominio. Es en este aspecto colectivo que queremos profundizar más. Obviamente, se trataba de una ciudad filisteo debido a que el pueblo filisteo era el enemigo contra el que Sansón luchó toda su vida. Él juzgó a Israel «en los días de los filisteos veinte años» (15:20), época en la que éstos dominaban a los israelitas (cf 15:11).

El incidente al que se refiere el comienzo del capítulo 16 probablemente haya tenido lugar hacia el final de su carrera. Sansón había ido a Gaza y esto significaba, por decirlo de alguna manera, dirigirse a la guarida del león; por tanto, los filisteos pensaron que allí podrían asesinarlo. Gaza era la

más prominente entre cinco ciudades reales filisteas. Su nombre significa «el fuerte». Por lo tanto, la escena final de la vida de Sansón, con la que termina este capítulo (16:21), tendría lugar en esta capital de los filisteos.

En esta ciudad fuerte contemplamos una figura del poder del diablo, quien tenía el dominio sobre la muerte. Cuando Cristo murió quedó atrapado en lo profundo de la fortaleza del enemigo, donde éste pretendió mantenerlo cautivo. Sin embargo, el Cristo muerto y crucificado ganó una gran victoria. La ciudad fuerte del enemigo está ahora en ruinas, su fortaleza derribada y su poder anulado (cf Is 25:2). Citando las palabras del apóstol Pablo, diremos que efectivamente Cristo descendió hasta las partes más bajas de la tierra, pero ha resucitado de la muerte. Aquel que descendió es también el que ascendió a lo alto, llevando «cautiva la cautividad» (Ef 4:8).

El monte que está delante de Hebrón

El triunfo del Señor ha sido completo. Tal fue el triunfo de Sansón, quien se levantó a la medianoche y cargó sobre sus hombros las puertas y sus pilares con los cerrojos (16:3). Las puertas aseguradas no hicieron retroceder a Sansón, como tampoco la muerte podía hacer retroceder a Cristo. Él

rompió las ligaduras de la muerte; por tanto, su nombre es «Autor de la vida». Cuando resucitó de entre los muertos, ganó una victoria gloriosa sobre la muerte y el sepulcro, dejando estas cosas tras de sí de manera permanente. Cristo ha resucitado, y es quien también ascendió a lo alto. Y esto es de una importancia mucho mayor de la que alcanzó Sansón con su trofeo: la cumbre del monte que está delante de Hebrón.

Hebrón era el lugar donde habían vivido los patriarcas y donde también habían sido enterrados. Era el lugar del pacto y de la comunión con Dios (esto es lo que significa Hebrón). Todo esto nos recuerda la incesante fidelidad de Dios para con su pueblo. Él nunca nos abandona, ni siquiera en tiempos de profunda ruina, y el final del libro de los Jueces testifica claramente acerca de esta condición. Desde Hebrón, el pueblo siempre recordaría la poderosa victoria de Sansón por medio de sus señales. A una distancia podía observarse la cumbre del monte hasta donde Sansón llevó las puertas de Gaza.

De igual manera, ahora vemos con los ojos de la fe el triunfo de Cristo («porque por fe andamos, no por vista» —2Co 5:7). En el gozo de nuestra comunión con Dios, y conscientes de su eterna fidelidad, podemos ver los maravillosos resultados de la victoria de Cristo. Por lo tanto, proclamamos los hechos memorables y las señales de la victoria

de nuestro Señor, pues Él ha prevalecido contra las puertas de la muerte y del infierno.

Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella

En verdad, hallamos en esta expresión diversos aspectos tocantes a lo colectivo y a lo individual, sobre los cuales debemos hacer hincapié. No se trata solamente de la salvación personal del pecador o de la seguridad del creyente, aun cuando indudablemente estas cosas son muy importantes. Porque las Escrituras también nos enseñan que toda la Iglesia está edificada sobre Cristo, la Roca, el Hijo del Dios viviente. De manera que, siendo Él la piedra angular y fundamento de la Iglesia, entonces «las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mt 16:16-18).

Las puertas simbolizan el poder y la autoridad del enemigo. Pero nuestra Pascua ya fue sacrificada y Cristo ha resucitado. Ahora, el poder de la muerte, del sepulcro, del pecado y de Satanás no puede prevalecer contra el pueblo de Dios. La cautividad ha sido llevada cautiva. Las puertas de la última fortaleza del enemigo permanecen abiertas y sus prisioneros han sido liberados. Las puertas de bronce han sido quebrantadas y los cerrojos de hierro desmenuzados, dice el salmista. Por lo

tanto, alabemos al Señor por su bondad y sus maravillosas obras a favor de los hijos de los hombres (Sal 107:15-16). ¿Puedes tú entonar con gozo el cántico de alabanza?

¿EN QUÉ CONSISTE TU GRAN FUERZA?
Jueces 16:6

En este capítulo, el secreto de la gran fuerza de Sansón finalmente sale a la luz. Se resuelve el gran enigma con la astucia de Dalila, y esto conduce a Sansón a la muerte. Cuando sus fuerzas lo abandonan, se transforma en una presa fácil para los filisteos. Teniendo en cuenta este suceso, los que somos creyentes deberíamos reflexionar acerca de nuestra fuerza espiritual.

Sansón y Dalila

¿Cuál era el secreto de la maravillosa fuerza de Sansón? En este capítulo, su fuerza está vinculada a su condición de nazareo, y su larga cabellera es el sello distintivo de su devoción a Dios (16:17). El punto crítico de la historia es alcanzado cuando Sansón revela a Dalila el secreto de su vida, el cual había guardado muy bien hasta ese momento. Ella era la tercera mujer filisteo que había cumplido un rol significativo en la vida de Sansón, aun cuando semejante yugo desigual había sido claramente

prohibido por el Señor (Dt 7:2-4). Dalila vivía en el valle de Sorec (que significa «vid»), nombre que expresa la fertilidad de dicho valle. Allí también se hallaban los viñedos de Timnat y los lugares llamados Zora y Estaol (13:25; 14:1). Posiblemente, Sansón visitaba a Dalila con bastante regularidad en su casa. Aun cuando no se diga que era ramera, como la mujer que Sansón visitó en Gaza (16:1), resulta indudable que la relación con esta mujer no implicaba precisamente un matrimonio legal, como el mencionado en el capítulo 14.

Un creyente no puede pecar de manera liviana o superficial. Sin duda, siempre pagará caro su pecado. Si no huimos del pecado de sexualidad inmoral, terminará por dominarnos (Gn 39:7 y ss.; 1Co 6:18). Muy pronto quedó manifiesto que Sansón se había enamorado de Dalila, por lo cual los príncipes de los filisteos trataron de aprovechar esta oportunidad. Dalila tenía que descubrir el secreto de la fuerza de Sansón y la forma de poder con él. Para lograr esto, los cinco príncipes pagarían a Dalila mil cien siclos de plata, lo cual constituía, indudablemente, una magnífica recompensa (16:4-5). Pero en realidad no era tarea fácil descubrir el enigma de la vida de Sansón. Dalila necesitaba exhibir todas sus artes de seducción a fin de sonsacarle el secreto de su extraordinaria fuerza.

Sansón logró engañarla en tres ocasiones. En las dos primeras descubrimos un cierto paralelismo

mo: primero, Sansón permite ser atado con siete (el número total) mimbres verdes y luego con cuerdas nuevas que no se hubieran usado nunca. Pero cada vez que era atado, podía cortar fácilmente sus ligaduras al escuchar el aviso de Dalila: «Sansón, los filisteos contra ti». También leemos en este relato otras palabras llenas de significado: «Y no se supo el secreto de su fuerza» (16:9).

En la tercera ocasión, sin embargo, el peligro se incrementó notablemente. Dalila aumentó su presión sobre Sansón y éste ya no pudo evitar nombrar su cabello. En este símbolo de su nazareato, que hablaba de su completa sumisión a Dios, descansaba el secreto de su fuerza. Sansón sólo le reveló la verdad a medias, y nuevamente le dio a entender de manera parcial cómo podría lograr que perdiera la fuerza: «Si tejieras siete guedejas de mi cabeza con la tela y las aseguraras con la estaca». Sin embargo, cuando Sansón despertó de su sueño arrancó la estaca del telar con la tela (16:13,14).

El enigma revelado

Los siguientes versículos muestran varias similitudes con el capítulo 14. En aquel momento, la novia de Sansón lo presionaba y le hacía preguntas de manera incesante con el propósito de que finalmente le confiara el secreto de su enigma.

La acusación que aquella mujer le hacía a Sansón, diciéndole que no la amaba de verdad, la repite Dalila casi palabra por palabra. Finalmente, el poderoso héroe sucumbió. Su alma fue reducida a mortal angustia y le descubrió todo su corazón: «Nunca a mi cabeza llegó navaja; porque soy nazareo de Dios desde el vientre de mi madre. Si fuera rapado, mi fuerza se apartará de mí, y me debilitaré y seré como todos los hombres» (16:17).

Dalila no dejó pasar esta oportunidad e hizo todos los preparativos para despojar a Sansón de su fuerza. Y, efectivamente, cuando hizo rapar las siete guedejas del cabello de Sansón, sus fuerzas lo abandonaron. En realidad, fue el Señor mismo el que se apartó de él, pero Sansón lo descubrió cuando ya era tarde (16:19,20). Ahora se había transformado en una presa fácil para los filisteos, quienes le sacaron los ojos y lo ataron con cadenas (algo similar le hicieron al rey Sedequías cuando se produjo la caída del reino de las dos tribus —2R 25:7). Además, Sansón fue trasladado y encadenado en la cárcel de Gaza para moler grano (16:21).

¿Fue éste el final del juez de Israel? Gracias a Dios, no. Él no abandonó a Sansón, ni siquiera cuando tuvo que pasar su vida en la cárcel como un esclavo. Esta parte de la historia termina con unas palabras esperanzadoras: «Y el cabello de su cabeza comenzó a crecer, después que fue rapado» (16:2). Esto daba esperanza para el futuro, pues

Dios podría volver a hacerlo fuerte y concederle una victoria gloriosa sobre los filisteos. Pero este es el tema de nuestro próximo capítulo.

El secreto de nuestra fuerza espiritual

Ahora conviene que dediquemos un tiempo para considerar el significado de esta historia a la luz del Nuevo Testamento. ¿Cuál es el secreto de nuestras fuerzas espirituales, y cómo debemos hacer uso de ellas? Hemos visto que las fuerzas abandonaron a Sansón en el mismo instante en que perdió el símbolo de su consagración a Dios. El Señor no permaneció con él después de que las siete guedejas de sus cabellos fueran cortadas. Sansón se vanagloriaba de su fuerza, pero esto sólo era vanidad. Su gran poder le había abandonado. El Espíritu del Señor, que una vez había tenido (13:25; 14:6,19; 15:14), ya se había apartado de él.

En relación con esto resulta necesario hacer una aclaración sobre una importante diferencia que hallamos con respecto al creyente del Nuevo Testamento, pues éste es bendecido con la habitación permanente del Espíritu de Dios (cf Jn 14:15-17; Ro 8:9-11; 1Co 2:12; 2Co 1:2; Ef 1:13-14; 2Ti 1:14). El Espíritu de Dios nunca nos dejará, pero nosotros podemos estorbar las obras de Dios y tornarlas imposibles. También podemos

contristar al Espíritu (Ef 4:30) o incluso llegar a apagarlo a causa de nuestro mal comportamiento (1 Tes 5:19).

La gran diferencia con la dispensación del Antiguo Testamento permanece aún válida. El Espíritu Santo todavía no habitaba en la Iglesia (porque no había sido formada), ni en los creyentes de manera individual. Cuando el Espíritu venía sobre alguno era con el fin de capacitarlo para que cumpliera alguna tarea especial (cf Jue 3:10; 6:34; 11:29; 1 S 10:6,10; 11:6; 16:13; Sal 51:13). Sólo después de que Jesús fue glorificado en el cielo, el Espíritu de Dios pudo descender a fin de habitar para siempre en los redimidos (Jn 7:39; 1 Co 3:16; 6:19).

No seamos ostentosos por el hecho de tener esta bendición, ni juguemos con ella como lo hizo Sansón, aun cuando era nazareo. No nos enorgullecamos de poseerla, como resultó con su atrevimiento. Él confiaba en sus propias fuerzas: «Esta vez saldré como las otras y me escaparé. Pero no sabía que Jehová ya se había apartado de él» (16:20). En el Nuevo Testamento hallamos un pasaje de un paralelismo sorprendente. Se trata de las palabras dirigidas al ángel de la iglesia en Laodicea, quien también se enorgullecía de sus privilegios, pero tampoco comprendía que en realidad era un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo (Ap 3:17). Sansón, espiritualmente hablando, también

estaba ciego, pues no comprendía su verdadera condición, que era absolutamente débil debido a que el Señor se había apartado de él. Luego de esto le sobrevino la ceguera física, pues los filisteos lo capturaron y le sacaron los ojos (16:21). Y todavía le esperaba una vivencia miserable y penosa en la prisión de Gaza.

La enseñanza importante que recibimos de esta sección es que no debemos hablar de forma indebida de nuestros tan particulares privilegios y bendiciones. Tampoco nos conviene revelar el secreto de nuestras fuerzas espirituales a personas que tienen malas intenciones, a los «filisteos», es decir, a cristianos meramente nominales que pretenden robar nuestras fuerzas y libertad para llevarnos a la cautividad. Lo cual les sucedió, por ejemplo, a los insensatos gálatas (Gá 2:4). Ellos quedaron fascinados por falsos maestros (3:1), tal como Sansón había permitido que Dalila lo fascinara a él. Todo esto sólo puede llevar a la ceguera espiritual y a la esclavitud (Gá 4:9; 5:1), lo que le sucedió a Sansón en el sentido literal de la palabra. Por lo tanto, debemos conducirnos como verdaderos nazareos y no descuidar el secreto de nuestra consagración: la unción del Espíritu Santo y nuestra entera dependencia de Dios. Que el Señor nos conceda que nuestros pensamientos no se desvíen de la sencilla y pura consagración a Cristo hacia los encantos seductores del enemigo.

LA MUERTE DEL VENCEDOR

Jueces 16:30

La vida de Sansón no tuvo un final feliz; por el contrario, fue triste y trágico. Pero en realidad, con su muerte logró su más grande victoria. Es una figura de la obra de Cristo, que por su muerte nos redimió y gracias a la obra de la cruz obtuvo el más grande triunfo sobre el poder satánico, el pecado y la muerte.

El final de la vida de Sansón

El final de la vida de Sansón es un sorprendente tipo de la victoria final de Cristo sobre el poder del enemigo. Ésta, su más grande victoria, está fundamentada en su muerte, porque leemos que mató más enemigos al morir que durante su vida: «Y dijo Sansón: muera yo con los filisteos. Entonces se inclinó con toda su fuerza, y cayó la casa sobre los principales, y sobre todo el pueblo que estaba en ella. Y los que mató al morir fueron muchos más que los que había matado durante su vida» (16:30). Este principio se aplica con mayor justicia al Señor Jesús, quien por su muerte en la

cruz ganó su más grande triunfo sobre el poder de Satanás, del pecado y la muerte. Él descendió al sepulcro, pero asimismo ascendió de la muerte. Es la resurrección y la vida, Aquel que estuvo muerto pero que ahora está vivo para siempre. Es también quien tiene las llaves de la muerte y del Hades (Ap 1:17-18).

A la luz de estas cosas, los tipos del Antiguo Testamento nos llegan muy opacos. Se muestran débiles al compararlos con la realidad del Nuevo Testamento. Sansón murió con sus enemigos, pero Cristo murió por sus enemigos. Sansón se vengó de los filisteos y esto lo llevó a morir junto con ellos, sin embargo Cristo murió por amor a los perdidos. Sansón fue enterrado en el sepulcro de su padre Manoa, y tal fue el definitivo final de su carrera. Pero Cristo ha resucitado del sepulcro y nosotros, quienes éramos sus antiguos enemigos, también hemos sido resucitados con Él en novedad de vida. Tres mil filisteos aproximadamente murieron con Sansón (16:27), pero cuando la Iglesia nació en el día del Pentecostés, cerca de tres mil almas fueron salvadas (Hch 2:41).

Para la Iglesia no hay nada más importante que recordar la muerte de su Señor y proclamarla una y otra vez a su mesa (cf 1Co 10 y 11). La muerte del Señor, la muerte de Aquel que es Señor de todos, es un milagro que nunca seremos capaces de comprender en profundidad, pero nos

conduce a ofrecer incesantemente nuestra alabanza y adoración. Proclamamos su muerte hasta que venga (la Iglesia primitiva lo celebraba diariamente), porque el Vencedor que fue crucificado está vivo por la eternidad y pronto vendrá. Nos maravillaremos sin cesar ante la grandeza del secreto de su muerte, porque hemos muerto con Él y con Él hemos resucitado.

Sansón y Cristo

Por otro lado hay, por supuesto, una gran diferencia moral entre Sansón y Cristo. El tipo viene a ser, en varios aspectos, un antitipo, tal como ocurre con varias figuras del Antiguo Testamento, comenzando desde Adán (cf Ro 5:14 y ss.). El fracaso del primer hombre permitió que saliera a la luz la perfección del segundo Hombre, el Señor venido de los cielos. En el caso de Sansón, esto resulta evidente en muchos sentidos. El verdadero Nazareo nunca dio a conocer el secreto de su consagración a Dios. Fue fiel hasta la muerte. Únicamente obedeció la voluntad de su Padre celestial y no se desvió ni por un instante del camino que su Dios y Padre había preparado para Él.

Sansón, en cambio, sucumbió repetidamente a las tentaciones. Dos veces cedió y reveló su secreto ante las presiones de una mujer: en el capítulo 14

a la filistea de Timnat, y en el capítulo 16 a Dalila. El héroe fuerte que podía someter una ciudad entera no podía gobernar su espíritu (Pr 16:32).

Cristo subió a Jerusalén para darse a sí mismo voluntariamente como sacrificio. En Sansón, por contra, vemos una línea descendente, en figura y de forma literal. En verdad, su camino fue cuesta abajo desde el comienzo de su carrera, cuando descendió a Timnat (14:1). Luego, descendió hasta el valle de Sorec y, una vez más, entabló una relación con una mujer filistea (16:4). Este matrimonio ni siquiera fue legal, como en el caso del capítulo 14. Dalila lo hizo dormir en su regazo y llamó a un hombre para que le rapara las siete guedejas de su cabeza. De esta manera, Sansón perdió su fuerza, pero peor aún, la libertad y la vista. Luego, los filisteos lo llevaron a Gaza y lo arrojaron en una prisión. Allí tenía que hacer girar un molino de granos como un esclavo.

La única señal de esperanza en esta lamentable historia está expresada por medio del siguiente comentario: «Y el cabello de su cabeza comenzó a crecer, después que fue rapado» (16:22). La extraordinaria fuerza de Sansón aparece conectada con esta señal externa de su completa consagración a Dios; y así también la presencia misma del Señor estaba asociada con dicha señal. Por este motivo, esto no es válido para el creyente del Nuevo Testamento, porque goza de la habitación permanente

del Espíritu Santo; aun cuando también es verdad que nuestra devoción interior determina nuestra fuerza y comportamiento (ver el capítulo 7 sobre este tema).

De este modo, Sansón fue preparado poco a poco para la última confrontación con sus enemigos. Su dependencia de Dios crecía junto a su cabello. En la prisión aprendió nuevamente a orar. Y su último deseo, morir con los filisteos, fue cumplido. Dios le devolvió sus fuerzas sobrenaturales una vez más, luego de que había sido un simple objeto de entretenimiento para sus enemigos (así como también Jesús recibió burlas antes de morir). Sansón debía entretenerlos con música y canciones. El espectáculo que daba Sansón (cf Éx 32:6), quien es posible que también tuviera sus dotes artísticas, era en realidad el preludio de la muerte de los filisteos.

El punto importante aquí quizá no es tanto la rehabilitación de Sansón, sino la tremenda confrontación entre Dagón, dios de los filisteos, y el Dios de Israel, el Dios vivo y verdadero. Dagón, por lo tanto, a quien los filisteos atribuían su victoria sobre Sansón (16:23-24) recibiría la peor parte. Cuando Sansón rodeó con fuerza las columnas que lo soportaban, el templo se derrumbó y quedaron enterrados bajo los escombros los filisteos con sus ídolos. En relación con este hecho, leemos en 1 Samuel que Dagón tuvo que inclinar-

se, por decirlo así, ante el Dios de Israel y pagarle tributo. Dagón había caído de bruces ante el arca del Señor, resultando carecer totalmente de poder (IS 5:3-4).

¡Gloria sea a nuestro Señor, quien por medio de su muerte y resurrección ha triunfado sobre todos los poderes idólatras! Un día, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil 2:8-11).